

— En nombre del cielo, señora Desroches, no me dejéis en esta incertidumbre.

— Ya he tenido el honor de deciros, señorita, que hay ciertas preguntas á las cuales me está expresamente prohibido responder. Y la señora Desroches hizo ademán de retirarse.

— ¿ Me abandonáis ? exclamó Elena.

— Os dejo para que os vistáis.

— Pero, señora...

La señora Desroches se inclinó profunda y respetuosamente, y salió andando de espaldas, cerrando la puerta tras sí.

V

Un montero con la librea de S. A. R. monseñor el duque de Orleáns

Mientras que en la fonda del Tigre Real tenían lugar los acontecimientos que acabamos de referir, estaba en otro aposento del mismo edificio un hombre sentado cerca de un gran fuego, sacudiendo sus botas cubiertas de nieve, y desatando los cordones de una enorme cartera.

Este hombre vestía el traje de montero del duque de Orleáns : casaca encarnada con bordados de plata, calzón de ante, botas de montar y sombrero de tres picos galoneado también de plata.

La mirada era penetrante, su nariz larga y puntiaguda y llena de granos, su frente convexa denotaba una franqueza que desmentían sus finos y apretados labios. Hojeaba con atención sobre una mesa colocada delante de él los papeles que contenía la cartera.

Siguiendo una costumbre que le era propia, hablaba en alta voz ó más bien murmuraba frases que interrumpía con exclamaciones y juramentos

más adecuados á otros pensamientos que se revolían en su imaginación, que á las palabras que pronunciaba.

— Vamos, vamos, decía: el señor de Montarán no me ha engañado: los bretones han puesto manos á la obra; pero ¡ cómo diablos han andado tan poco !... Salió el once al medio día, llegó el vienti uno á las seis de la tarde... ¡ Hum !... esto oculta probablemente algún nuevo misterio que va á aclararme ese muchacho recomendado del señor Montarán, y con el cual mis gentes se han puesto en relación durante el camino... ¡ Hola!

Al mismo tiempo el hombre de la casaca encarnada agitó una campanilla de plata, y uno de aquellos corredores vestidos de gris que hemos hallado en el camino de Nantes, entró y saludó.

— Ah ! sois vos, Tapin, dijo el montero en la apariencia.

— Sí, monseñor, el negocio era importante, y por lo tanto he creído conveniente venir en persona.

— ¿ Habéis interrogado á los hombres que apostasteis en el camino?

— Sí, monseñor; pero no saben más que las diferentes paradas que sucesivamente ha hecho nuestro conspirador: á la verdad, esto es lo único que vos les encargasteis que procurasen informarse.

— Sí, voy á ver si sé más por el criado. ¿ Qué especie de hombre es?

— Uno de esos aldeanos malignos é imbéciles, semi-normando semi-bretón.

— ¿ Qué está haciendo en este momento?

— Sirviendo la cena á su amo...

— ¿ Á quien habrán dado, según he dejado dicho, una habitación en el cuarto bajo?

— Sí, monseñor.

— Sin cortinas.

— Cabalmente.

— ¿ Y habéis hecho un agujero por la parte de afuera?

— Según lo habéis mandado.

— Está bien; enviadme el criado y no os alejéis.

— Ahí estoy.

— Perfectamente.

El de la casaca encarnada sacó un reloj de mucho valor y miró la hora.

— Las ocho y media, dijo: á esta hora su alteza está de vuelta en San Germán, y pregunta por Dubois; le dicen que no estoy, se frota las manos, y se dispone á hacer cualquier locura. Frotaos las manos, monseñor, y marchaos á donde más os plazca; no es en París el peligro, sino aquí... Mas ya viene nuestro hombre.

En efecto, en aquel momento Tapin introducía á Ovén.

— Aquí está la persona que sabéis, dijo al entrar; después de lo cual se retiró y cerró la puerta.

Ovén permaneció de pie y temblando junto á ella, mientras Dubois, habiéndose embozado en una gran capa que no le dejaba descubierto sino la frente, fijaba en él sus ojos de gato montés.

— Acérecate, amigo mío, dijo Dubois.

Á pesar de la cordialidad de esta invitación, fué hecha con una voz tan fuerte é imperiosa, que Ovén hubiera deseado hallarse en aquel instante á cien leguas del hombre que de tan extraño modo le miraba.

— Vamos, dijo Dubois, viéndole inmóvil; ¿no me has visto?

— Sí, monseñor, contestó Ovén.

— Entonces, ¿por qué no obedeces?

— No creía que fuese á mí á quien vuestra merced hacía el honor de decir que se acercase.

Y Ovén dió algunos pasos hacia la mesa.

— Has recibido cincuenta luises por decirme la verdad, continuó Dubois.

— Perdonadme, monseñor, respondió Ovén, á quien esta interrogación casi afirmativa volvía toda su audacia... no los he recibido... me los han prometido.

Dubois sacó un puñado de monedas de oro de su bolsillo, contó cincuenta luises, y formó con ellos un montoncito, que puso sobre la mesa.

Ovén miró aquella pila de oro con una expresión que hubiera parecido extraña á su mirada sombría é indiferente.

— Bueno, dijo para sí Dubois; es avaro.

En efecto, aquellos cincuenta luises habían parecido siempre á Ovén una fortuna quimérica, inverosímil, y había vendido á su amo sin esperarlos, sólo con el deseo de poseerlos: y sin embargo, los cincuenta luises estaban delante de sus ojos.

— ¿ Puedo ya tomarlos? preguntó alargando la mano hacia el montón de oro.

— Esperaos, dijo Dubois, complaciéndose en irritar aquella avaricia, que un cortesano habría ocultado indudablemente, pero que el aldeano manifestaba á las claras. Ante todo vamos á hacer un trato.

— ¿Cuál? dijo Ovén.

— Aquí estan los cincuenta luises prometidos.

— Ya los veo, contestó Ovén relamiéndose lo mismo que un perro al cual se le enseña un pedazo de morcilla.

— Á cada respuesta que dés á mis preguntas, si es importante, añado diez luises; si por el contrario, es ridícula y estúpida, quito diez.

Ovén miró espantado á Dubois. El trato le parecía muy arbitrario.

— Ahora hablemos, dijo Dubois: ¿de dónde vienes?

— De Nantes.

— ¿Con quién?

— Con el caballero Gastón de Chanlay.

Como hasta aquí el interrogatorio se componía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
núm. 1625 MONTERREY, MEXICO

de preguntas preliminares, el montón de oro permanecía intacto.

— Atención, dijo Dubois acercando su descarnada mano á la pila de luisés.

— Monseñor, os escucho con todos mis cinco sentidos.

— ¿ Viaja tu amo con su verdadero nombre?

— Al principio del viaje, sí, monseñor; pero después ha tomado otro en el camino.

— ¿Cuál?

— El de Livry.

Dubois añadió diez luisés; mas como el montón era ya bastante alto y no podían tenerse, formó otro y le puso junto al primero.

Oven dió un grito de alegría.

— ¡ Oh ! Oh ! dijo Dubois, no te regocijes tan pronto; todavía no hemos acabado. Atención: ¿ hay alguno en Nantes que se llame Livry?

— No, monseñor; pero hay una señorita que se llama así.

— ¿ Quién es esa señorita ?

— La esposa del caballero Montlouis, amigo íntimo de mi amo.

— Bueno, dijo Dubois añadiendo otros diez luisés; ¿ y qué hacía tu amo en Nantes ?

— Lo que hacen todos los jóvenes ricos; cazaba, tiraba el florete y toda clase de armas, iba á los bailes...

Dubois quitó diez luisés de uno de los montones: Oven sintió una especie de escalofrío.

— Esperad, monseñor, dijo: hacia hacia otra cosa.

— ¡ Ah ! veamos; ¿ qué hacía ?

— Salía de noche una ó dos veces á la semana, y estaba fuera desde las ocho á las tres ó las cuatro de la madrugada.

— Bueno; ¿ y adónde iba ?

— Eso no lo sé, respondió Ové.

Dubois guardó los luisés en la mano.

— Y desde su salida de Nantes, ¿ qué ha hecho ?

— Ha pasado por Oudón, Ancenis, Mans, Nogent y Chartres.

Dubois alargó la mano, y con sus afilados dedos tomó otros diez luisés de la pila.

Ové lanzó un grito sordo de dolor.

— ¿ Y en el camino, preguntó Dubois, no ha hecho conocimiento con nadie ?

— Con una joven colegiala de las Agustinas de Clisson, que viajaba con una religiosa del mismo convento, llamada sor Teresa.

— Y cómo se llama esa colegiala ?

— Elena de Chaverny.

— ¡ Elena ! el nombre promete: ¿ y sin duda esa hermosa Elena será la querida de tu amo ?

— Monseñor, lo ignoro; ya comprenderéis que él no me lo habrá dicho.

— Tu amo tiene talento, replicó Dubois dirigiendo la mano á la pila y tomando otros diez luisés de los cincuenta.

Un sudor frío bañaba la frente de Ovén. Cuatro respuestas más como la que acababa de dar bastaban para quedarse sin nada, y habría vendido á su amo sin provecho alguno.

— ¿Y esas damas van á París con él? continuó Dubois.

— No, monseñor; se detienen en Rambouillet.

— ¡ Ah! exclamó Dubois.

La exclamación pareció á Ovén de buen agüero, y continuó:

— Y allí sigue; mas sor Teresa ha marchado ya.

— Vamos, repuso Dubois, todo eso no es de la mayor importancia; pero es preciso no desanimar á los principiantes.

Y añadió diez luisas al montón.

— ¿ De suerte, continuó, que la joven ha quedado sola?

— No, monseñor.

— ¡ Cómo no!

— La guardaba una señora de París.

— ¡ Una señora de París!

— Sí, monseñor.

— ¿ Sabes su nombre?

— He oído á sor Teresa llamarla la señora Desroches.

— ¡ La señora Desroches! repitió Dubois, y comenzó á formar otra pila con diez luisas. ¿ Dices la señora Desroches?

— Sí, monseñor, respondió Ovén sumamente contento.

— ¿ Estás seguro?

— ¡ Pardiez, si estoy seguro!... Es una mujer alta, seca, acartonada.

Dubois añadió diez luisas á la segunda pila. Ovén se arrepintió entonces de no haberse detenido en cada epíteto; era claro que había perdido veinte luisas con su precipitación.

— Alta, seca y acartonada, repitió Dubois; eso es, no hay duda.

— De unos cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, añadió Ovén esperando.

— Eso es, volvió á decir Dubois, añadiendo otros diez luisas.

— Con un vestido de seda, de grandes flores, continuó Ovén, que quería sacar partido de todo.

— Bien, bien, dijo Dubois.

Ovén comprendió que su interrogante sabía ya lo suficiente con respecto á aquella mujer, y esperó.

— ¿ Y dices que tu amo ha hecho conocimiento con esa joven en el camino?

— Es decir, monseñor, ahora que caigo en ello, me parece que el tal conocimiento era una farsa.

— No comprendo.

— Creo que ya se conocían anteriormente; sí, estoy seguro; á ella es á quien esperaba mi amo cuando se detuvo tres horas en Oudón.

— Bien, dijo Dubois añadiendo otros diez luisas;

veo que eres hombre de provecho, y que se podrá sacar algún partido de ti.

— ¿No queréis saber más, monseñor? dijo Ovén, extendiendo la mano hacia las dos pilas, que le ofrecían treinta luises de beneficio, con el ademán de un jugador que desea retirarse con sus ganancias.

— Un momento, contestó Dubois; ¿y esa joven es hermosa?

— Como un ángel, monseñor.

— ¿Y sin duda tu amo y ella se habrán citado para París?

— No, monseñor; creo por el contrario que se han despedido para siempre.

— ¿Será eso también una farsa?

— No lo creo así, monseñor; el caballero de Chanlay estaba muy triste cuando se separaron.

— ¿Y no deben volverse á ver?

— Sí, monseñor; todavía una vez más, y todo quedará concluido.

— Vamos, carga con tu dinero, y ten presente que si te se escapa una sola palabra de todo esto, diez minutos después eres muerto.

Ovén se lanzó sobre los ochenta luises, que desaparecieron instantáneamente en el profundo abismo de los bolsillos de su calzón.

— Y ahora, dijo, podré salvarme, ¿no es cierto?

— ¡Salvarte! imbécil, no. Desde este momento me perteneces, porque te he comprado, y donde vas á serme más útil es en París, no aquí.

— En este caso me quedaré, monseñor, lo prometo, dijo Ovén dando un profundo suspiro.

— No necesito que me lo prometas, véte.

En aquel instante se abrió la puerta y entró Tapin con el semblante alterado.

— ¿Qué hay de nuevo? preguntó Dubois, que era muy buen fisonomista.

— Una cosa muy importante, monseñor; pero ante todo, alejad á este hombre.

— Vuelve al lado de tu amo, y si escribe, á quienquiera que sea, acuérdate que tengo gran curiosidad de conocer su letra.

Ovén, satisfecho de verse libre por el momento, saludó y salió.

— ¡Y bien! señor Tapin, ¿qué hay? veamos.

— Hay que después de la caza de San Germán, su alteza, en vez de volver á París, se ha contentado con enviar sus coches, y ha dado orden de venir para Rambouillet.

— ¡Á Rambouillet! ¡el regente viene á Rambouillet!

— Dentro de media hora estará aquí, y habría llegado ya si no se hubiera detenido á tomar un refrigerio.

— ¿Y qué viene á hacer á Rambouillet?

— No sé, monseñor; como no venga por esa joven que acaba de llegar con una religiosa, y que ocupa el pabellón de la fonda.

— Tenéis razón, Tapin; á no dudarlo, viene por

ella. La señora Desroches está ahí. ¿Lo sabiais?

— No, monseñor, lo ignoraba.

— ¿Y estáis cierto de que va á venir? ¿Estáis cierto de que os han dicho la verdad?

— Sí, monseñor; Hulismeo es el que ha seguido la pista á su alteza; y ya sabéis que lo que Hulismeo dice es el puro Evangelio.

— Tenéis razón, repuso Dubois, que parecía conocer á fondo las cualidades del hombre que le elogiaban; si Hulismeo lo ha dicho, no hay lugar á duda.

— Por señas que el pobre muchacho ha reventado su caballo, el cual ha caído á la entrada del pueblo para no levantarse más.

— Dadle treinta luisas por el caballo; el jinete ganará además lo que sea regular.

Tapin tomó los treinta luisas.

— Querido Tapin, ¿sabéis la situación del pabellón?

— Perfectamente, monseñor.

— Decídmela.

— Por un lado da á un segundo patio de la posada; por otro á una callejuela desierta.

— Que se pongan hombres apostados en ese patio y en esa callejuela disfrazados de palafreneros, de mozos de caballos, en fin, de lo que vos queráis: que nadie entre en el pabellón más que su alteza, ó yo; cuidado, señor Tapin, que en ello va la vida de su alteza.

— Podéis estar tranquilo, monseñor.

— ¡ Ah! se me olvidaba; ¿ conocéis á nuestro bretón?

— Le he visto apearse del caballo.

— ¿ Vuestra gente lo conoce también?

— Todos; le han visto en el camino.

— Bueno; os le recomiendo.

— ¿ Para prenderle?

— ¡ Para prenderle! no, no; guardaos bien de hacerlo, señor Tapin. Es menester dejarlo llegar á su destino; es preciso dejarle obrar; darle ocasión para ello; porque si le prendiésemos ahora, no descubriría nada y la conspiración abortaría. ¡ Diantre! nada de eso, es necesario que salga á luz.

— ¿ Y qué ha de salir, monseñor? repuso Tapin, que parecía tener cierta confianza con Dubois.

— Mi mitra de arzobispo, señor Tapin; mas ahora id á vuestro negocio, que yo también voy al mio.

Y ambos salieron del aposento y bajaron rápidamente la escalera, separándose al llegar á la puerta, Tapin para subir precipitadamente por la calle de Paris á la parte alta de la ciudad, Dubois deslizándose junto á la pared para ir á aplicar su ojo de lince al agujero practicado en el cuarto de Gastón.